CAPITULO XVIII.

UNA LÁMPARA QUE SE ACABA ES COMO UNA VIDA QUE SE PIERDE.

La Tia Teodora con la esperanza no solo de una buena propina, sino con una intencion mas noble y humanitaria, se complacia en tocar el corazon de los criminales, y mas de una vez habia visto con una satisfaccion muy poco comun en las brujas, que habia logrado algun fin moral, merced á sus ingeniosos aparatos manejados con no poco tino é inteligencia.

Los horrorosos crímenes de su marido, la constante concentracion de una vida solitaria y la idea tenaz, fija, inseparable de la pérdida de su hijo le habian hecho adquirir cierta dósis de filosofía, que apoyada en su no vulgar edu-

CAPILLA ALFONSINA

cacion, hacian de Teodora una bruja benéfica.

De todos sus parroquianos Aldama y Quintero eran los que mas le habian interesado; pero sobre todo Quintero, en quien habia sorprendido ese no sé qué de la simpatía; por que al fijarse mas en él, habia asaltado la imaginacion de Teodora la imágen de su único amor, del capitan Eduardo, padre de su hijo perdido.

Teodora, si bien en todas las operaciones de su brujería, procuraba encontrar el remedio de un mal moral, correjir algun vicio, ó retraer á algun mal intencionado, acerca de Aldama y de Quintero habia tenido formal empeño en tomar parte activa en sus aventuras.

Teodora sabía que por Aldama llegaria á Quintero.

Conocía por los fidedignos informes de su policía gran parte de la vida de estos hombres.

La otra parte la adivinaba merced á su esperiencia en asuntos tales y á su esquisita penetracion.

Conocía tambien que Aldama estaba en uno de esos momentos de debilidad propios de las almas impuras, y casi estaba segura de leer en el interior de Aldama un sombrio presentimiento de una muerte próxima.

Aldama, en la postracion de sus temores, quedaba á merced de todas las supersticiones. Se podia jugar con él como con un borracho.

El hombre fanatizado y amilanado se vuelve el juguete de su imaginacion, y queda espuesto á ser esplotado por cualquier otro espíritu sereno.

Aldama, por lo tanto, creyó por entonces en todos los absurdos. Su recto juicio se plegaba ante la fiebre de su fantasía y ante las apariencias de cosas sobrenaturales.

La supersticion convierte á los hombres en niños, como la ciencia convierte á los niños en hombres.

Teodora aprovechó á sangre fria todo el acaloramiento de Aldama.

Aldama con toda la ingenuidad de un penitente modelo, que se arrodilla al pié de un confesonario á leerle á un sacerdote sus *apuntes de viaje*, entró de lleno en la recapitulacion de todos los acontecimientos de su vida.

La Tia Teodora no conocia mas que á su marido capaz de competir con Aldama en aventuras de cierto género.

La Tia Teodora oyó á Aldama con el reposo y con la serenidad de un viejo prelado, y se hizo cargo de la situacion.

Aldama era ladron, asesino, jugador pendenciero y enamorado.

No tiene el diablo por donde desecharlo, pensaba Teodora.

Aldama terminó la larga relacion de su vida, y quedó doblemente fatigado.

Guardó silencio.

La bruja se puso á meditar.

Solo se oia el monótono ruido incesante de la gota de agua, y de vez en cuando el revolotear de algun murciélago.

Alcabo de un largo rato, Aldama preguntó:

—¿Qué hora es? Tia Teodora.

Esta consultó un relox de arena y contestó:

—Las cinco.

—A las seis vendrá Quintero.

—¿Y bien?

—Nos batiremos.

Es cierto, pensó Teodora. Este hombre tiene miedo y va

CAPILLA ALFONSINA

á ser muerto, le matará Quintero; y ese hombre que me atrae y me simpatiza va á ser homicida.

Si le devuelvo su valor á Aldama, podrá defenderse; pero el miedo en este hombre puede servirme de instrumento para su salvacion.

A efecto de que Aldama no tuviera tiempo de serenarse y de recobrar su sangre fria, la Tia Teodora, queriendo darse tiempo para reflexionar sobre asuntos tan árduos, bajó de su trípode y caló á Aldama de nuevo la capucha negra que á mas de producir la ceguera y la sordera, causaba un calor sofocante en la cabeza.

Le obligó á dar algunas vueltas por la cueva, á tocar la áspera piel de unas serpientes vivas, á beber un tósigo compuesto de algunas yerbas estimulantes, y finalmente le dejó abandonado al silencio y á la soledad.

Despues de un largo rato en que Teodora se ocupó no solo de pensar, sino de prepararse un buen vaso de vino con agua azucarada y gotas de limon, encendió un hornillo de donde se desprendia una luz verde, que daba á la estancia y á la fisonomía de Teodora con su casco de culebras un aspecto aterrador.

Quitó en seguida á Aldama la capucha, y la bruja de pié, con la frente erguida y con una varilla dorada en una mano, como la pitonisa de Endor, habló de esta manera:

—Felipe María Aldama. Los espíritus evocados han venido á visitarme y están contestes.

Oyeron la relacion de tu vida y se han compadecido de ti.

Les he preguntado por tu porvenir y me mostraron llorando la estrella que te alumbra.

¡Mírala!

Una tapa de metal cayó sobre el hornillo y reinó al momento la mas completa oscuridad.

En el fondo de la cueva se divisaba apenas una llama pequeñísima y espirante.

Era una llama azulosa que se retorcia en esas espirales que son la agonía de la llama.

De repente chisporroteaba y se ponia roja y se elevaba como haciendo un esfuerzo; pero en seguida volvia á tomar el color azul y blanquecino, y oscilaba, oscilaba como el cuerpo arrojando el espíritu vital.

Crecia, y crecia con una especie de fatiga, como si temiera consumirse, como si reuniera todas sus fuerzas para vivir, para alumbrar; entonces el lampo luminoso avanzaba sobre el espacio negro de la cueva, como una ave vaporosa que abria las alas; pero luego esas penumbras temblorosas bajaban, se plegaban como cansadas, y la llama volvia á ponerse azul, y no alumbraba, cedia su paso á las tinieblas para hacerlas mas densas.

Y la llama balanceándose, se arrastraba lamiendo los bordes de la taza, como ávida de la grasa de la vida, como recogiendo todas las partículas combustibles para devorarlas.

Agonizaba....se retorcia y volvia á chisporrotear.

Lanzaba un adios en forma de chasquido y enviaba sus postreros y débiles relámpagos á las negras paredes de la cueva.

Y volvia á ser azul la llama; pero chica, muy chica..... parecia un pequeño agujero que se cerraba....una estrella que se escondia en una nube negra.....era un punto..... despues nada.....

.....

CAPILLA ALFONSINA

Triunfaron las tinieblas.

Teodora en medio de ellas se acercó á tocar á Aldama.

Estaba frio.

Le movió, le habló.

Estaba desmayado.

—¡Bueno! murmuró Teodora y desapareció.....

.....

Eran las cinco y media.

Cerca de la casa de Teodora habia un tronco de árbol tirado en el campo.

Este tronco ya no tuvo lugar en la formacion del techo de la cueva de la bruja, y esperó allí su destruccion por la intempérie.

En los dos estremos de este tronco estaban sentados Quintero y Don Cárlos.

Teodora, despojada de su traje negro de ceremonia, asomó la cabeza por la puerta de su casa y llamó á Quintero con la mano.

Quintero indicó con un movimiento á Cárlos que lo esperase y entró á la casa de Teodora.

Don Cárlos temia mas y mas una celada, y aunque se veia solo, se creía vijilado.

No quiso manifestar temor y se abstuvo de todo movimiento. Esperó.

Un momento despues, Cárlos sintió los pasos de una persona que se le acercaba.

Corroboró de pronto la idea de que estaba vigilado.

Vólvió tranquilamente el rostro y vió un hombre como de treinta y cinco años, de mirada torva, nariz amoratada y embozado en una capa parda, debajo de la cual se dibujaban

las empuñaduras de dos espadas.

—Caballero, dijo dirijiéndose á Cárlos, ¿será esa de enfrente la casa de la Tia Teodora?

—No lo sé, Caballero.

El recien venido se sentó en el otro estremo del tronco.

—¿Conoce usted á Quintero, Caballero?

—Sí, le conozco.

—¿Le espera usted aquí?

—Sí, Caballero.

—¿Entonces es usted su padrino?

—Soy su adversario.

El desconocido miró á Cárlos de arriba á abajo.

—¿Y Don Felipe?

—¿Don Felipe Aldama?

—El mismo.

—¿Y bien?

—¿No viene?

—No lo sé, caballero.

—Ahora entiendo menos. Yo soy, dijo el desconocido, levantándose, y bajando el emboce de su capa, el ex-Teniente de milicia Don Valentin Roa, padrino en el duelo que va á tener lugar entre Don Felipe Aldama y Don Baltasar Quintero, por lo tanto repito mi pregunta. ¿Es usted el padrino de Don Baltasar?

—No caballero: he tenido el honor de decir á usted que soy su adversario.

—¿Quiere decir que Quintero va á batirse con usted y con Aldama?

—Seguramente.

—¡Diablo! ¿Y quién va primero?

CAPILLA ALFONSINA

—No lo sé.

—En todo caso que sea Don Felipe por que yo tengo que hacer, y estas armas son prestadas: vea usted, son buenas hojas ...*igualitas*. Y desenvainó las dos espadas. Las he aceitado por que, como soy soldado, sé cuidar las armas: hojas españolas, bien templadas, bien montadas.

Y poniéndose en guardia comenzó á dar tajos al aire diciendo pif....paf....pif....paf.

—¿Y qué tal tira usted, caballerito?

—Mal.

—¡Modesto!....A ver, á ver, y tomó entre las suyas las manos de Cárlos. Tiene usted buenas muñecas, y buen ojo, continuó viéndole á la cara.

¿Con que con los dos? repetia Don Valentin; y luego continuó.

—Si no fuera por que tiene usted que batirse, le invitaria yo á que tirásemos un poco; pero se va usted á cansar y estos asuntos son serios. Yo una vez me cansé batiéndome en España con siete alguaciles. ¡Que zánfra! Figúrese usted, siete ganapanes con tizona en mano contra mí; pero yo, plum, plam....rataplam....quintas, tercias, tajos, quites y reveses, hasta acabar con la canalla.

—¿Los mató usted á todos?

—¡A todos! y me vine á América. He causado algunos disgustillos á mi famila por esto de las armas. ¡De que uno se envicia! Pero ¡calle! ¿quién es aquel caballero que viene hacia nosotros corriendo como un gamo?

Así se corre en las derrotas, Caballero; yo aprendí á correr desde sargento: antes era yo muy torpe de piernas, por que me hacia falta el ejercicio ligero.

Venga usted pronto, Caballero ¿que se ofrece? ¡aquí estamos! ¡Paso veloz! tan, tan, tan, tan, tan, tan,....!Alto!..... ¡oh!....¡si es el Señor Don Joaquin Blanco!

Efectivamente era él, que deseaba llegar antes de las seis.

—Señor Don Joaquin ¡buena carrera!

—Señor Don Valentin, temía llegar tarde.

Don Joaquin afectó no ver á Cárlos.

Este permaneció sentado.

Los gritos de Don Valentin hicieron asomar á Teodora la cabeza, y viendo á Blanco le llamó con la mano.

Blanco entró en la casa de la bruja: Don Valentin volvió á sentarse sobre el tronco.

Don Cárlos pensó que decididamente tenía que habérselas cuando menos con tres adversarios, suponiendo que Don Valentin se mantuviese neutral.

—Seguramente, dijo Don Valentin, estan conferenciando con la Tia Teodora sobre el duelo, á no ser que les haya ocurrido preguntar la buena ventura antes del combate. Yo, Caballero, nunca consulto á las brujas antes de una batalla. No hay cosa peor que llevar en las mientes al campo de la accion una de esas sandeces de las brujas. Que te vas á morir, que te van á matar, y jimoteo y farza. Nadie se muere la víspera, Caballero; y con una buena tizona y una buena vista, Santiago y cierra España, á avergonzar al Cid, ¡Canario!

Y usted, Caballerito, dijo cambiando de tono; si me lo permite usted desearia saber por que se bate. Si no es indiscrecion, charlaremos mientras es hora del duelo.

—Señor Don Valentin me bato por que esos Caballeros me han ultrajado; por que despues que hube rehusado tomar parte en ciértos asuntos, por los que tuvimos que es-

CAPILLA ALFONSINA

grimir las espadas, pretenden....

—Hola! hola! ¿con qué ya la llevaron? ¡Canario! ¡usted seria el vencedor, por supuesto!

—Tuve esa fortuna.

—¡Canario! ¡Canario! ¿contra los tres?

—Contra Aldama y contra Blanco.

—No lo dudo; por que conozco á mi gente: son gallinas Caballero; y en todo caso tengo brio para los tres ¿Y qué pretenden? iba usted á decirme.

—Pretenden que los he robado.

—¡A ellos! ¡Ta, ta, ta, ta! Caballero; si son unos pelagatos; si hubiera sido al contrario, se comprenderia á primera vista.....

¡Con que pretenden!....

—Quintero yacia ébrio, Aldama herido y luchaba yo con Blanco. Lo desarmé y no quise matarle; el mismo me aconsejó que me retirara y asi lo hice. Habian dejado Aldama y Quintero su dinero sobre la mesa, y hoy me lo reclaman: yo he protestado como hombre de honor no haberlo tomado y me batiré en seguida con Quintero que es quien me ha traido aquí.

—Pues el negocio es claro como la luz ¡Canario! el pillastro de Blanco tomó el dinero y los otros han creido lo primero que les dijo ese tuno.

—Exactamente, Caballero.

—Ya nos veremos las caras esclamó Don Valentin, lanzando una mirada de valenton á la puerta de la Tia Teodora.

Veamos lo que alli pasaba.

CAPITULO XIX.

EN EL QUE SE COMPLICA LA SITUACION DE NUESTROS PERSONAJES.

La Tia Teodora recibió á Quintero y despues á Blanco.

Aldama yacía en una cama.

Acababa de volver de su desmayo; pero estaba postrado por la calentura.

Quintero pensó desde luego en diferir el duelo:

—Teodora manifestó que Don Felipe estaba imposibilitado para batirse.

Eran las seis.

El ruido de unas campanadas lejanas, dadas en la Iglesia de San Lázaro y en la parroquia de la Soledad sacaron á Aldama de su letargo.

CAPILLA ALFONSINA

—¡Son las seis! esclamó incorporándose y buscó su espada.

Acudió Teodora á su cabecera.

Quintero y Blanco observaban desde la pieza inmediata.

—Tia Teodora ¿en donde está mi espada? voy á batirme. Ya llegó mi hora.

—El Caballero Don Baltasar ha diferido el duelo, Señor Don Felipe.

—¿Tiene miedo Don Baltasar?

Este iba á dar un paso adelante, pero Don Joaquin le detuvo.

—Don Baltasar, dijo Teodora, no he hecho mas que diferir el duelo.

—Eso es, dijo Aldama para llevarse entre tanto á Margarita; por que al fin yo le he facultado y el hace bien. Pero no quiero que se la lleve. Es necesario que me mate primero ¿no es verdad Tia Teodora? Quintero debe matarme para llevarse en seguida á Margarita.

—Serénese usted Señor Don Felipe, el Señor Quintero no hará nada mientras esté usted enfermo.

—¡Oh, si no hace nada! si me dá su palabra de honor, estaré tranquilo....apesar de que el pillo de Don Baltasar suele faltar á su palabra.....como yo, cuando se otrece ¿En donde está mi espada?

—Voy á hablar con el Caballero Don Baltasar; tranquilicese usted.

—Pero deme usted una poca de agua, Tia Teodora.

—Voy á traerla.

Y Teodora salió y en voz muy baja dijo á Don Baltasar y á Don Joaquin:—Seria muy imprudente procurar al Señor Don Felipe cualquiera emocion fuerte, por que podria perder el juicio. Su cerebro está trastornado; ha sufrido mucho moralmente en la convalescencia de su golpe y sus heridas, y debemos ser muy considerados con él, mi Señor Don Baltasar.

—Por mi parte estoy dispuesto á diferir el duelo para cuando Aldama esté restablecido.

—Eso es lo que aconseja al menos la prudencia y la buena amistad que llevamos con Don Felipe, dijo Blanco.

—Arreglémonos entre tanto con el médico, dijo Quintero llevándose á Blanco hacia la puerta de la calle.

Cárlos y Don Valentin seguian charlando sentados en el tronco.

Al ver salir á Quintero y á Blanco se pusieron de pié.

—Señor Don Valentin, dijo Quintero: Aldama está enfermo y no puede batirse

—Tanto mejor; por que yo tengo que hacer, dijo recogiendo las espadas.

—Iba á suplicar á usted, continuó Quintero, que tuviese usted la bondad de servir de padrino al Caballero Don Cárlos.

—Con mil amores ¡Canario! pero con una sola condicion.

—¿Cual? preguntó Quintero.

—Que mientras usted procura entretenerse bonitamente con el Señor Don Cárlos, que está inocente, yo me ocuparé en destripar á Don Joaquin que es el verdadero ladron.

Blanco se puso pálido como un muerto. Aquella acusacion á quema ropa en boca de quien menos lo esperaba, lo confundió.

Las miradas de Quintero y de Don Cárlos se fijaron en Blanco.

—Vea usted qué cara pone, dijo Don Valentin á Quinte-

CAPILLA ALFONSINA

ro. Con que....¡generala! y veremos si Don Joaquin tiene tan blancos los hígados como las mejillas.

—Yo....murmuró Don Joaquin. Eso es una infamia.... que....

—¡Que es lo que veo, Señor Blanco! ¡usted no puede ni articular una palabra! dijo Quintero.

—La sorpresa....

—Las tripas, Don Joaquin, las tripas, gritaba el ex-teniente. Yo voy á sacarle las tripas á Don Joaquin á menos que dé una satisfacion á Don Cárlos.

—No lo haré así Don Valentin: por mi parte me batiré con Don Cárlos y en cuanto á Don Baltasar ya se las compondrá con usted como pueda; y ante todo, vamos, que ya es tarde.

—Por allí distingo un buen terreno: en marcha, Señores.

Y los cuatro contendientes echaron á andar.

A los cincuenta pasos habia una terraplen muy apropósito.

—A mi me toca arreglar las condiciones: el que se rinda, dará dos pasos atras, y quedará fuera de combate.

—Convenido: dijo Quintero arrojando su capa y su sombrero. Lo mismo hicieron los demas.

—¡En guardia! gritó Don Valentin.

Y las cuatro espadas saliron á un tiempo.

Blanco no habia vuelto á su color.

Quintero palideció.

Don Cárlos estaba perfectamente tranquilo.

Don Valentin estaba festejoso.

Asi comenzó el ataque.

Don Cárlos y Quintero no hablaban.

—¡Hola! ¡hola! decia Don Valentin, hoy no ha comido su señoría: ¡qué poca fuerza, Don Joaquin!

Cuidado con otra, por que pico fuerte. Cúbrase usted hombre, cúbrase usted....va una en tercia....por poco.... mas vivo, ¡mas vivo!....vaya un desarme....¡cataplúm!....

La espada de Blanco saltó á algunos pasos.

—Ahora es cuando voy á sacar á usted las tripas comodamente.

Blanco dió dos pasos hacia atras y Don Valentin soltó una carcajada. En este momento dos muchachos venian á todo correr en direccion de los contendientes.

—¡Vivo! dijo Don Valentin, gente viene.

—Quintero daba en este momento los dos pasos á retaguardia.

Los dos muchachos eran el Cuco y Manolo.

—¡Señor Quintero! ¡Señor Quintero! venian gritando.

Quintero envainando su espada se adelantó hacia ellos.

—Señor Quintero: el pájaro voló, decia Cuco, todo el dia hemos buscado á su merced para avisarle.

—¿Qué estás diciendo muchacho?

—Que la Señorita ya no está en la casa, que sin duda olió lo convenido y se fué con todo y la Tia Dolores, la casa está cerrada desde esta mañana.

—¡Ira de Dios! gritó Quintero.

—Pero considere usted Señor mi amo, que sé por donde fueron y salieron á pié, y yo ya tengo caballos para mí y para su merced.

—Eres guapo muchacho.

—Ya se ve que sí, contestó Cuco, satisfecho con la lisonja.

—Pues vamos. Señores, dijo dirijiéndose á los demas, si

CAPILLA ALFONSINA

hemos concluido me retiro.

—Me parece que no, dijo Don Valentin.

—¿Cómo? preguntaron Quintero y Blanco.

—En cuanto á las estocadas ya sabemos en que quedamos; pero en cuanto al robo no estamos en el mismo predicamento.

—Exactamente, dijo Cárlos.

—Si el Señor Don Cárlos se ha batido, no ha sido ciertamente por probar su destreza, sino por labar su honor y ni el Señor Don Cárlos ni yo, su padrino, permitiremos que ustedes se retiren sin haberle dado una cumplida satisfaccion.

—Hemos cumplido con nuestro deber batiéndonos, dijo Blanco.

—Ese es un error, Señor Don Joaquin.

—No creo que este Caballero, dijo Quintero, tenga derecho de exijir mas de nosotros.

—Pocas palabras que soy soldado, dijo Don Valentin. En plata: Don Joaquin es el ladron y Don Cárlos el acusado. Pues bien: ó Don Joaquin confiesa de plano que robó las onzas y ustedes se entienden en seguida, ó comenzamos de nuevo, hasta que de cuatro queden dos. ¿Convenido? preguntó empuñando su espada.

Quintero y Blanco se apartaron para conferenciar.

—Don Joaquin ¿nos batiremos?

—Son superiores á nosotros y nos matan sin misericordia.

—Yo tambien creo que llevamos la de perder.

—¿Qué hacemos?

—Diré que yo he sido el ladron y nos salvamos, y cuente usted conmigo para perseguir á Margarita.

—Gracias Don Joaquin.

—Caballeros, dijo Quintero: Don Joaquin es quien por

chanza ha ocultdo las onzas, pero al ver que el negocio se puso sério, prefirió batirse á aclarar el hecho. Damos por lo tanto la mas cumplida satisfaccion á Don Cárlos y nos retiramos.

—Ofreciendo, añadió Don Valentin, repetir las mismas palabras delante de Don Felipe cuando se restablezca.

—Convenido, dijo Quintero.

—Convenido, dijo Blanco y se despidieron haciendo una profunda cortesía.

—¡Gracias! dijo Don Cárlos á Don Valentin, cuando se hubieron alejado los contendientes.

—Dije á usted Señor Don Cárlos, que conozco mi gente. No volverán á chistar y los verá usted mañana rendirse á los piés de usted como unos monos. Pero hablando de otra cosa, Don Felipe está en esa casa enfermo: socorrámosle que puede necesitarnos.

Cárlos no pudo excusarse y acompañó á Don Valentin.

Informada Teodora de lo que habia pasado comprendió que debia proceder á curar á Don Felipe, y le ministró en el acto una buena dósis de una bebida calmante, que Teodora habia preparado para cuando fuera tiempo.

Doña Maria, que hasta entonces habia estado oculta, apareció para colocarse á la cabecera del enfermo, y ministrarle la pocion calmante cada vez que la apeteciera.

A las siete de la noche Aldama despertó de un sueño profundo. Su cabeza estaba mas despejada pero se sentia débil y convinieron Don Valentin y Cárlos en dejarle dormir en aquella casa.

Don Valentin ofreció volver al siguiente dia y ambos salieron de la casa de Teodora.

CAPILLA ALFONSINA

Los dos contendientes victoriosos identificados por su valor, simpatizaron.

—Conozco á Aldama hace doce años y estoy al tanto de lo que vale ese pelagatos, decia Don Valentin caminando al lado de Cárlos, con direccion á la Ciudad. Es de buena familia, es cierto, pero su mala cabeza lo obligó á salir de España, para venir á ocultar aquí sus trapizondas: en cuanto á Don Baltasar aunque asegura haber nacido en las Canarias, ni él mismo lo sabe tan bien como yo; y ni es Canario, ni se llama Don Baltasar Dávila y Quintero: es habanero, Señor Don Cárlos, y no se sabe que madre lo parió, se dice Capitan de mar y subteniente de las milicias provinciales de la Isla del Hierro, pero sabe Dios lo que sea cierto.

En cuanto á Don Joaquin es un coyon y muy aficionado á lo ageno. Se sabe que cometió algunos robos en la casa de Azcoiti y algunos otros en la Provincia de Guanajuato.

—Razones por las cuales, he rehusado constantemente la amistad de esos tres Caballeros, dijo Cárlos.

—Ha hecho usted muy bien, Señor Don Cárlos.

Lo que es á mí, me huyen siempre, por que les conozco: pero hoy me sorprendió Aldama con su duelo, y no me pesa de haber venido, por que al fin le hemos dado una leccion para que no vuelvan á pensar en molestarnos.

Al llegar á la plaza mayor, Don Cárlos y Don Valentin se separaron: Don Valentin se perdió por un costado del Parian y Don Cárlos corrió á la casa de Don Manuel de la Rosa, de donde habia salido hacia algunas horas inusitadamente.

En cuanto á Quintero y Blanco, montados en malos caballos seguian la calzada de San Cosme en busca de Margarita.

. . . . . .

Veamos lo que pasó en la mañana de ese dia en la casa de Margarita.

A eso de las seis de la mañana, hora en que la vieja Dolores acostumbraba abrir la puerta de la calle, el muchacho. Cuco estaba sentado en el umbral, muerto de frio.

—Buenos dias, Tia Dolores.

—Buenos te los dé Dios, tunante ¿y qué andas haciendo tan temprano otra vez por aquí?

—No tengo casa y he pasado la noche andando las calles.

—Te habrán echado de otras partes como de aquí.

—No Tia Dolores.

—¿Pues qué te ha sucedido?

—Una desgracia.

—¿Qué desgracia?

—Que se ha muerto mi madrecita.

Y el Cuco se puso á jimotear.

—¡Hum!....murmuró la vieja. Si no se te puede creer á tí ni el llanto: eres muy pillo.

—Crea usted lo que quiera, Tia Dolores; pero á mí se me ha muerto mi madre.

La Tia Dolores se quedó pensativa.

—No he comido desde ayer.

—En cuanto á eso, que puede ser mas cierto, no te apenes mas; voy á darte pan.

Y la vieja entró. El Cuco tomó violentamente una escoba que habia tras de la puerta y se puso á barrer, sin dejar de llorar.

Cuando la Tia Dolores volvió lo encontró en esta faena y no tuvo valor para impedirle que barriera, le alargó el pan, y el Cuco lo tomó con ánsia y continuó barriendo, sin dejar

CAPILLA ALFONSINA

por eso de comer ni de llorar.

La Tia Dolores verdaramente compadecida de la situacion de Cuco se retiró á sus quehaceres.

—Ya entré, pensaba Cuco, riendo interiormente y llorando fuerte, para que lo oyera Dolores.

No tardó Cuco en entrar en materia con la vieja, pues a poco rato hablaban de este modo al pié de la ventana del cuarto de Margarita, que aun permanecia recogida.

—Yo me portaré bien Tia Dolores, y no volveré á cercenar el chocolate, ni la haré á usted rabiar; por que en lo de adelante usted va á ser mi madre.

—Dudo mucho de todo lo que me dices, Cuco; por que ya me has ofrecido lo mismo, y siempre faltas á tu palabra.

—Ahora nó, Tia Dolores, ahora nó. Voy á ser otro si usted y la Señorita tienen compasion de mí.

—Pues mira, Cuco: por mi parte te admito, salvo la opinion de mi ama. Espera á que salga, y entonces la hablarás. Entre tanto cuida la puerta que yo voy á hacer las compras.

—Aqui esperaré Tia Dolores, y no me moveré de aqui hasta que salga la Señorita.

La Tia Dolores tomó su canasto y salió á la calle.

Al llegar á la plazuela de Villamil se acercó á Dolores una pordiosera que se apoyaba en un bordon, y la cual todos los dias recibia caridad de la casa de Margarita.

—Buenos dias, Doña Dolores.

—Buenos te los dé Dios, Jacoba.

—Cada dia peor, Doña Dolores, mala, muy mala.

—Sea por el amor de Dios, Jacoba, vé despues por tu caridad hija, voy á la plaza.

—Es que tengo que decir á usted una cosa muy importante.

—¡Ave María Purísima! ¿De qué se trata Jacoba?

—Se trata de Doña Margarita. Sé que está en peligro.

—¿En peligro de qué, muger de Dios?

—Anoche he podido oir por una casualidad, una conversacion muy importante.

—¿De quién?

—De un caballero con el pillo del Cuco.

—A ver, á ver, Jacoba: cuéntame eso.

—El caballero era alto, estaba embozado en su capa, y tenia espada: la noche estaba muy oscura, y allí cerca de la Portería del Convento se pararon cerca de mí.

Yo estaba sentada en una puerta buscando mi vida, como lo hago todas las noches, y oí que el caballero decia:

—"Te reconcilias con la Tia Dolores."

—¡Oiga! esclamó esta ¡con que el pillo del muchacho me ha ido á hacer una comedia! ¡el tunante está en la casa tan compungido y tan lloroso!....

—No crea usted en las lágrimas del Cuco. Sabe llorar muy bien.

—Y despues ¿qué oiste?

—El caballero decia "Despues de las ocho el Lobo ladrará como perro ¿ya conoces el ladrido? y el Cuco respondia: vaya Señor Don.... Don.... no me acuerdo como le dijo."

—¿Don Baltasar?

—Eso es, Don Baltasar.

—¿Y luego?

—"Nos abrirás la puerta á mi al Lobo y á Chicas-corbas."

En seguida se alejaron y por mas que hice no pude alcan-

CAPILLA ALFONSINA

zarlos; pero conozco al Lobo y á Chicas-corbas que son de mi barrio, y no han de acompañar á ese Caballero para nada bueno.

—Voy en el instante, dijo la Tia Dolores, á echar á ese mal dito fuera de la casa, antes que lo vea mi ama. ¡Y tanto que lloraba el bolitre!

—Vaya usted, vaya usted Doña Dolores, y no consienta mas á ese perdido.

Y la vieja sin acordarse de hacer la compra se volvió á la casa.

Encontró la puerta abierta y á Margarita hablando en el pequeño pátio de la casa, con Cuco.

—Señorita, buenos dias dé Dios á su merced.

—Buenos dias Dolores.

—¿Está mas repuestita su merced?

Y Margarita notó ciertas señas que le hacia Dolores, recatándose de Cuco. Comprendió que algo tendria que decirla, y entró en su habitacion.

Dolores la siguió.

—Yo haré la compra dijo Cuco, que procuraba grangearse de nuevo la consideracion de la Tia Dolores.

—¡Qué compra irás á hacer tunante! eres capáz de no volver con la canasta.

Y como el Cuco seguia los pasos de Dolores penetrando en la habitacion, Margarita comprendió que la manera de deshacerse de él por el momento era dejarlo hacer.

—Trae pan y leche dijo al Cuco.

Y la Tia Dolores le dió la canasta y un jarro, haciéndole un gesto.

—El Cuco se lanzó á la calle.

—¡Señorita! ¡El Señor nos libre y nos defienda de una desgracia!

—¿Qué desgracia, Dolores?

—Que el caballero que vino anoche, está de acuerdo con ese condenado del Cuco.

—¿Para qué?

—Para que les abra la puerta esta noche.

—¿A quiénes?

—A ese caballero que vendrá con dos ladrones.

Margarita no hizo ninguna esclamacion; pero se puso pálida y comenzó á pensar en el partido que debia tomar.

—Dolores, dijo al cabo de un rato. Es necesario tomar un partido violentamente. Estoy sola en el mundo, y no cuento mas que contigo. Dios quiere tal vez que la expiacion de mis faltas sea terrible, pues que despues del amargo desengaño de Felipe, tendré que sufrir la mas horrible de las humillaciones. Es necesario partir, irnos de esta casa lo mas lejos que sea posible.

—¿Pero adonde, Señorita?

—No lo sé, Dolores, á ponernos en brazos de la Providencia, lejos de aquí.

—Pero, Señorita, esa sería una locura.

—No Dolores, nada podremos contra esos hombres; será inútil toda resistencia, y yo no encontraría mas remedio que matarme.

—¡Válgame Dios, Señorita! ¿qué está usted diciendo?

—No hay tiempo que perder, Dolores. Si te decides á acompañarme, sígueme; pero si no te encuentras con valor, déjame ir sola. Ya no permaneceré aquí mas tiempo. Estoy decidida.

CAPILLA ALFONSINA

—Pero en todo caso, Señorita, tenemos [illegible] el ci[illegible]; por que segun he sabido, esos hombres vendrán á las ocho de la noche; y acaso podriamos, deshaciéndonos del Cuco, estar seguras porque no abriremos la puerta.

—La echarán abajo: esta casa está aislada, y los vecinos son incapaces de prestarnos auxilio; ademas, ya sabes que cuando estos escándalos los dan los Caballeros de espada, no hay un plebeyo que saque la cara, ni un vecino que se duela de los que sufren. Toda resistencia será inútil, Dolores.

—¿Pero adonde iremos Señorita?

—Fuera de la Ciudad, á un pueblo cualquiera, al campo.

—¡El Señor tenga misericordia de nosotros, y cuantas cosas vamos á pasar por esos tunantes!

—Es necesario que Cuco no observe nada, que no vea ningun preparativo de marcha, por que iría á denunciarnos, y acaso se frustrarian mis proyectos. Es necesario alejar á Cuco con cualquier pretesto, no le des nada en que sospechar, finje que estás condolida de su desgracia, y que lo acojemos de nuevo y que hemos caído en la red. De esta manera él no tendrá mas que hacer que esperar aquí tranquilamente hasta las ocho.

Es necesario irnos cuanto antes y sin que ese muchacho vea el rumbo que seguimos. Por lo pronto ve á alcanzarle y que te ayude á la compra. Alhágalo con algun regalito, y le detienes lo mas que puedas.

En tanto dispongo aquí la marcha. Corre, Dolores.

—Voy, Señorita, voy.

Y la Tia Dolores salió, rezando interiormente una oracion.

Margarita cerró la puerta de la calle y volvió á su cuarto.

CAPITULO XX.

LA FUGA.

Al entrar recorrió Margarita con una mirada su habitacion, y sintió que le faltaban las fuerzas. Iba á dejar para siempre aquel nido de amor, aquel recinto solitario, pero querido; triste, como la cárcel de sus lágrimas, pero lleno de encanto; por que aquel rincon del mundo habia sido testigo de todos sus goces y de todos sus dolores.

Allí vió á Felipe, que no era para ella, ni el ladron, ni el criminal, sino puramente el amante rendido, el hombre que habia engendrado sus sueños, sus ilusiones, sus sentimientos.

Allí habia visto á Felipe arrodillarse á sus piés, conmoverse, llorar con ella, hablarle de amor y de felicidad.